

ta nosotros, y el siglo xv habríase enorgullecido con su nombre.

¡Ah!, pero las tinieblas invadieron su trono, envolviéndolo como el sudario su cadáver, y desde aquella cumbre oscurecida se esparcieron por el mundo, hasta que revoluciones redentoras vinieron a disiparlas, implantando el imperio de la luz, de la razón y del derecho, que los Reyes Católicos desconocieron por completo.

El espíritu de crueldad batía sus negras alas en el brumoso espacio de aquella época «de sufrimiento», y predominó en la conquista de nuestros antepasados, los infelices indios, hecha a sangre y fuego. No se puede pensar sin horror ni indignación en los llamados AUTOS DE FE que acordaba la Inquisición, cuyos rigores eran muy del agrado de los sombríos reales esposos.

Sin embargo, en nuestra penúltima legislatura se acordó—por aclamación si no estoy mal informado—erigir en territorio costarricense un monumento a Isabel la Católica. No me explico eso. Nuestros estimables representantes sin ser ultramontanos, vulgo «godos», han procedido como tales. Es hasta cierto punto natural que en Madrid se le haya levantado un monumento, lo mismo que al execrable Fernando VII, porque allí esos monumentos son producto de un tradicionalismo imperante<sup>(1)</sup>, tradicionalismo que no sólo en nuestra madre patria ha hecho sus estragos, sino también en muchos otros

(1) El partido tradicionalista, de suyo recalcitrante, también erigió su monumento a Fernando VII, a quien servilmente llegó a llamar «el Deseado», antes del regreso de ese rey del castillo de Valençay, donde estaba prisionero de Napoleón, a cuyos pies permaneció de rodillas, compungido, para vergüenza de la hidalguía y dignidad españolas—de suyo legendarias en nuestra madre patria como su condición étnica por excelencia—y así permaneció hasta alcanzar una corona que tanto deshonró con sus inicuas acciones. Su monumento en Madrid fué sustituido por el que la justicia de la Historia—verdadera sanción—erigió a Daoíz y Velarde, héroes del 2 de Mayo. El otro monumento del mismo monarca aparece en Sevilla, y supongo que a estas horas ha sido echado por tierra, despejando el lugar que robaba. ¿Y no tiene otro monumento en tierra española el humillado de Valençay? Es increíble, ahí está (en la Plaza de Armas de la Habana), frente al Palacio que habitaron los Capitanes Generales, dignísimos representantes del gran déspota. Yo lo he visto con mis propios ojos, y aun no he salido de mi asombro ante ese hecho que es un verdadero anacronismo, porque mantener enhiesto todavía aquel esperpento de la tiranía y de la barbarie, contra toda sanción y contra el espíritu liberal que impera en Cuba, sobre todo después de conquistada su soberanía palmo a palmo y a costa de cruentos sacrificios, asombro de la posteridad. Al lado de los monumentos de Maceo y de Martí, el de su victimario—uno de los verdugos más feroces de la Perla Antillana—el de Fernando VII! Parece un sarcasmo adrede. ¡La antítesis no puede ser más flagrante!

Fecha ut supra.—T. CH.

pueblos de la tierra que se duelen de la misma calamidad.

¿Han querido nuestros Diputados significar con la erección del monumento que los costarricenses debemos agradecimiento a aquel personaje histórico por habernos descubierto? Aún considerándose así, ¿acaso estaríamos obligados a un gobernante de los más empedernidos opresores de la especie humana, ya que nosotros formamos parte integrante de esa misma especie? Eso equivaldría a besar el látigo con que se flageló o la tea con que se quemó vivos a nuestros hermanos, allá en el último tercio del siglo xv. Por otra parte, nuestros Diputados carecían de poderes para avanzarse a aquel enorme desaguizado.

¿Pero es cierto que doña Isabel nos descubrió? Ella, al acoger la idea de Colón, no sabía que existiera un nuevo mundo, sólo que iba a expedirse la comunicación entre las Indias Orientales y Europa; y diz que para ello se desprendió hasta de sus joyas,

lo que en concepto de la insigne pensadora española doña Emilia Pardo Bazán, es sencillamente una leyenda como cualquier otra, por no haber comprobación histórica, auténtica, sobre el particular. Lo que sí es lógicamente cierto es que doña Isabel obró por espíritu de especulación material y en acatamiento al consejo de su confesor Fray Juan Pérez de Marchena, entusiasta, sincero protector de Colón, y quien—es lógico suponerlo—ejercía influencia decisiva en el ánimo de su devota la reina, bien imbuida en el fanatismo religioso. Aun no salgo de mi asombro en presencia del decreto «monumental», con el cual sólo se logró obtener las condecoraciones *con-siguientes*, tal vez por haber sido sancionado sin demora; pero la risa que debe haber producido en el exterior tan «monumental» novelería es probable que rayara en carcajada.

TRANQUILINO CHACÓN.

Alajuela, 12 de octubre de 1922.

## CARTAS DE PORTUGAL

# El hombre y la casa

HE venido a una playa portuguesa para que un hijo mío tome unas semanas los aires de la mar. El año pasado principié a estudiar a Portugal desde un hotel de su capital. Este año sigo el curso desde una de sus playas. El arrullo del mar, tenaz, inacabable, y mi deseo de aprender, me inducen a leer uno de los clásicos del alma portuguesa. Estas cosas no las puede hacer a diario un periodista atareado. El clásico elegido es Camoens, y la obra «Os Lusíadas». Podía leerla en la primorosa reproducción de la edición original, hecha por la Biblioteca Nacional, de Lisboa. Me parece más apropiado a mi condición de alumno leerla en una edición escolar. No está bien poner notas en las márgenes de una buena edición. De cuando en cuando levanto del libro las miradas. De frente, el océano; a la derecha, la punta de Cascaes; a la izquierda, Estoril; a lo lejos, la orilla sur de la desembocadura del Tajo, y por encima de Estoril, en la última distancia, una vaga grisura, que no se sabe si es neblina o humareda, delata más que cela, la dirección por donde se tienden los valles de Lisboa y se levantan sus colinas.

De aquí a allá, a lo largo de veintidós o veintitrés kilómetros, no hay más que quintas con jardines y casitas de campo con sus huertos. Lisboa tiene sus playas a la distancia de un suburbio, con lo que su vida normal no

necesita interrumpirse por el veraneo. Pero lo que me sorprende es el inmenso número de gentes que viven en casas de su propiedad. Hay muchas fincas de alquiler. Hay muchos hoteles para forasteros y para extranjeros. El nuestro está lleno de ingleses. Buscan el clima suave. La crudeza de su propio invierno les despide de su país. Y lo que les hace venir a Portugal es la baratura de la vida. Dicen que España es para ricos. Su idea de Madrid es la de una gran ciudad de lujo, una de las más elegantes ciudades del mundo, donde viven grandes señores, masas de pobres y una clase media compuesta exclusivamente de los tenderos y empleados públicos. Es, en resumen, una ciudad distante e ideal, que sería más a menudo visitada, de tener mejor clima, por la dorada minoría que inverna en El Cairo y Monte-Carlo y veranea en Escocia; pero que esta masa de gente viajera, que no paga arriba de doce a catorce pesetas de pensión, cree enteramente fuera de su alcance.

A pesar de su número, los extranjeros no llegan a ser objeto de una industria que altere la vida general. El portugués acomodado tiene una casa en la ciudad y otra en la playa. Gran número tiene casa en la playa, y va a la ciudad para quehaceres. Pero la ciudad misma no es esencialmente distinta de las playas. Las casas de pisos de alquiler son pocas. Lo normal,